

Un relato escrito por Gonzalo Rodas Sarmiento, perteneciente al libro "La iglesia niña".

El hermano Marino

Adriano

El hermano Marino se ha enfermado, y de mucha gravedad. Acá en el convento todos tememos por su vida. Marino se ganó mi aprecio en estos pocos años que ha estado con nosotros. Desde el primer día, cuando vino con el hermano Eugenio, su padre, un verdadero santo que entró a Canobin cuando quedó viudo. Eso fue a fines de la década del 720. Marino tenía entonces catorce años, y es el monje más joven que hemos tenido.

El abad no lo hubiera aceptado, por la edad, de no ser por los ruegos del hermano Eugenio, muy respetado por todos debido a su oración que era extraordinaria. Su espíritu se iba al cielo por tardes enteras y volvía con una sonrisa que me gustaría ser capaz de dibujar. Trató de enseñarnos la oración contemplativa, sin mucho éxito porque, o él no sabía enseñar, o nosotros no sabíamos aprender.

Marino, sí que aprendió. Y se transformó en nuestro profesor. Fue algo increíble, cómo un niño nos acercaba a Dios.

Marino tenía una especial belleza, quizás debido a que estaba en plena adolescencia. Si parecía que aún no salía de la niñez. Está mal que yo lo diga. No quiero parecer un perverso sexual, pero..., Marino era bonito. Hablo en pasado porque ya no es tan lindo. El sufrimiento ha hecho estragos en él. Ahora, cuando lo veo en su cama, consumiéndose por la fiebre, me parece estar viendo un anciano, aunque todavía no llega a los veinte años. Limpio su frente con un pañuelo y lo ayudo a beber agua. Necesita mucho líquido.

Antes que él llegara a Canobin, era yo el monje más joven. Hicimos amistad desde el primer momento en que llegó. Me encariñé tanto con él, que el abad me empezó a mirar feo, y a los pocos días me llamó a su oficina. Me habló con mucha fuerza. Le tuve que explicar que yo siempre he sido muy hombre, y que no tengo ninguna intención de ir en contra del sexto mandamiento.

-Más vale así -replicó.

Después de esa ingrata conversación me fui a mi celda, muy contrariado. El abad no quería que yo fuera amigo de Marino. Está bien, pensé, y le ofrecí al Señor el sacrificio de no verlo mucho. No lo cumplí, porque Marino me buscaba para conversar. A escondidas, claro, si no estaba permitido para nadie, no sólo para nosotros.

Cuando murió el hermano Eugenio, fue un golpe duro para Marino. Lloraba tanto, que le presté mi hombro. Sus lágrimas quedaron en mi hábito. Yo no sé cómo puede llorar tanto. Es que es tan niño aún. Esa vez, el abad me volvió a llamar la atención. Tuve que defender nuevamente mi integridad moral. Es que acá en el convento no es bien visto tener un amigo. Eso me ha dificultado la vida de oración,

porque tengo que inhibirme y encerrarme en mí mismo, lo que no me hace nada de bien.

Es demasiado rígido el abad. Y exigente. Con Marino, al principio no lo fue tanto, pues tuvo en cuenta su edad. Hasta que ocurrió aquello.

Un pecado muy grande tiene que haber cometido Marino porque lo echaron del monasterio. Fue una cosa atroz. El abad lo repudió, a tal punto, que Marino no pudo ni siquiera entrar al convento, para nada, durante más de un año. Se lo veía al lado de la puerta pidiendo limosna. Todos los días le llevé algo de comer, lo que había escondido antes, durante el almuerzo. Mi pan, o mi fruta, eran para Marino.

Cada cierto tiempo yo le suplicaba al abad que recibiera a Marino, que lo perdonara, que él es un buen muchacho. No es fácil convencer de algo a este señor. Nunca me dijo qué tan gran pecado cometió Marino. Se lo pregunté a varios monjes. Nadie lo sabía a ciencia cierta, pero el rumor más insistente se refería a un presunto amor que él habría tenido con una niña del pueblo. Yo no quería creerlo. Jamás pude imaginar siquiera a Marino tratando de conquistar a una niña. Cuando escucho esas versiones se me revuelven cosas, me tensa. Es como si el demonio me obligara a sentir celos que yo rechazo con todas mis fuerzas.

Es que no puedo creerlo..., y no quiero creerlo. Los hermanos me dicen que soy ingenuo, que Marino estuvo metido con una niña, y la dejó embarazada.

Seguí yendo afuera a llevarle a Marino mi pan y mi fruta, cuando había. También le he llevado ropa que me han regalado. El pobre pasaba frío. La mía le queda un poco grande, pero no importa. El me lo agradeció con unos ojos maravillosos. A veces conversamos. Le pregunté que cuál fue su pecado. Me respondió de una manera que no me aclaró nada. Me dijo que su pecado fue necesario para estar más cerca de Dios. No entiendo. No pudimos seguir hablando pues me pilló el abad y fui castigado con ayuno obligado por tres días. Me quedé pensando en lo que me dijo Marino. ¿Acaso el fin justifica los medios? ¿Acaso Dios quiere que pequemos? Me pongo en oración y le pregunto eso a Él.

En las últimas semanas de su castigo, Marino estaba acompañado de un niño. Apenas puede cuidarse él mismo, y tiene además que ocuparse de un niño pequeño, que aún es un bebé.

Recién entonces empecé a aceptar que Marino puede haber estado en amores. Un día le pregunté:

-Marino, ¿quién es este niño?

-¿Te gusta? -me preguntó- dime si no es encantador.

-Sí, que lo es, pero ¿de dónde lo sacaste?

-Fue abandonado por su madre.

Nunca he querido indagar mucho. Pero, si Marino fue castigado con tal dureza, ha de haber pasado algo. Miré al niño, tratando de encontrarle un parecido con Marino. No le noté ningún rasgo de Marino.

Soy tan porfiado. No quiero creer lo evidente.

Hace ya casi un mes que hablé con los otros hermanos, respecto a traer de vuelta a Marino. Me apoyaron. Cada uno habló con el abad, hasta que se ablandó. Permitted que volviera, con ciertas condiciones.

También llegó con él el niño. Se llama Fortunato. Marino tendrá que limpiar las letrinas, siempre él, ya no habrá turnos. Y lustrar todas las sandalias. Alcanzó a hacerlo por unas semanas.

A poco de llegar cayó enfermo. De esto, hace ya varios días, y estoy cuidándolo. Se me ocurre que morirá en cualquier momento. Está débil y tiene muy mal los pulmones.

A ratos puedo dormir un poco. Por mí, no me despegaría de su celda. Trato de estar el máximo tiempo que puedo.

Su respiración es agitada. Intenta hablar, pero no le salen las palabras. Le tomo sus manos y le doy ánimo. Se está yendo, no cabe duda.

Hacía unos ruidos con la garganta, pero ya no. Ni tampoco se mueve su tórax. Me acerco más. Pongo mi oído en su pecho. No escucho latidos en su corazón. Marino ha muerto. No puede ser.

-¡Marino ha muerto! -grito con desesperación.

Llegan corriendo todos los hermanos. Tengo una pena terrible. Llego también el abad.

-Murió -dice fríamente el abad, y agrega, dirigiéndose a mí-. Ordenaré un ataúd. Mientras tanto, vístelo. Mañana lo enterraremos, lejos de aquí.

El abad se retira y me deja más apenado aún. Quiero ponerle el hábito a Marino. Sí. Un hábito de monje es la ropa que deberá vestir en esta ocasión solemne.

Aún está tibio, según siento cuando le saco el pijama. Tiene una faja en el pecho, la cual está muy apretada. Este Marino, hasta el final con sus penitencias. Está tan apretada la faja, que no se la sacaré. El pantalón arremangado deja ver sus piernas lampiñas. Levanto un poco a Marino para retirarle el pantalón del pijama.

-¡No! No puede ser -me hablo a mí mismo, más que sorprendido, consternado. Ahogo un grito. Es que su desnudez es distinta a la que me había imaginado. Veo su vello púbico, como un triángulo negro que termina en unos labios absolutamente femeninos. Marino es, en realidad, Marina.

No puedo soportar la emoción que me tiene tomado. Se me escapan las lágrimas, primero unas pocas, después un torrente. Lloro con hipos, en tal forma que..., otra vez están llegando todos los hermanos.

El abad se hinca a mi lado, y también llora.

Marino

Me dio mucha alegría cuando entré al convento con mi papá. Accedí de muy buen grado, no sólo para estar cerca de él, sino también para poder tener una vida monástica.

Cuando él me cortaba el cabello muy cortito yo me puse contenta, a pesar de que adoraba mi pelo largo. Es que en la vida hay cosas más importantes que el cabello.

Durante unos pocos años he sido muy feliz en Canobin.

Adriano es un tipo espléndido, buen mozo, además de dulce y atento. Es un gran amigo.

Mi vida se complicó cuando me tocó ir al pueblo con otros monjes. No iba Adriano. Tenemos que turnarnos para ir al pueblo en un carretón a comprar los víveres. Es una actividad agradable, que sirve para salir de la monotonía diaria.

Lo único que no me gusta de esas salidas es que las mujeres me persiguen, pero también me da risa.

La niña de la hospedería, hija del dueño, me molesta mucho. Claro, creyendo que yo soy un muchacho, quiere llevarme a su cama, a toda costa. Le expliqué que

soy un monje y que no me permiten andar por ahí con mujeres. Ella no comprende. Me insulta y cree que puede tentarme dejándome ver sus muslos, y abriendo su boca como frutilla. Yo me río. Si ella supiera que soy niña, no hallaría dónde meterse. De repente, me dan ganas de decírselo, pero no lo haré. Lo más sagrado es mantener la promesa hecha a mi padre. Jamás me dejaré descubrir.

Y no soy el único objetivo de esta muchacha. La he visto coquetear también con varios hombres, incluyendo al militar aquél, el único que le hace caso. Yo veo cómo se deleita con ella.

No me gusta ir a esa hospedería, pero es la única que hay en el pueblo, y cuando se nos hace tarde tenemos que quedarnos porque sería peligroso viajar de noche por esos caminos llenos de delincuentes.

-¡Hermano Marino! -una voz en el pasillo del convento, en este mismo instante, me saca de mis reflexiones.

-Ya voy -digo, subiendo un poquito la voz para que me escuchen, y salgo de mi celda.

-¿Qué pasa? -pido una explicación.

-El abad te llama.

-¿A mí? -pregunto sin esperar respuesta, y me dirijo a su despacho. No tengo aprensiones porque sé que él me estima. Golpeo antes de entrar.

-Pase.

Abro con lentitud la puerta, entro a la oficina del abad y lo miro. Está enojadísimo. Igual, me trata con mucha deferencia. Alguien más está con él, y yo lo conozco. Es el dueño de la hospedería. Le tiendo la mano con una sonrisa, y no me hace caso. Sigue sentado, y con muy mala cara.

-Siéntese -me dice el abad.

Así lo hago, en la única silla desocupada. El abad me empieza a hablar, muy serio.

-Yo sé que usted ha tenido siempre un buen comportamiento. Tengo plena confianza, pero este señor me ha venido a decir algo, y tengo que cerciorarme, por eso es que le pregunto. Así, aclararemos todo.

Sigo esperando que me pregunte algo, y lo único que le escucho, después de un rato es:

-¿Y?

-No sé de qué me está hablando -le digo con sinceridad.

-Mire, la hija de este caballero está embarazada. ¿No lo sabía?

-No. No tenía idea.

Un silencio espeso e incómodo se produce de inmediato. Me imagino que querrán que yo acuse a alguien.

-No sé quién puede haber sido -digo, y me arrepiento de haberlo dicho, porque es casi como inculparme. Eso me puso nerviosa.

-Quiero decir -rectifico, después de otro silencio-. No puedo acusar a nadie.

Fue para peor. El hotelero está desesperado. Se levanta de la silla, y se vuelve a sentar. El abad, muy molesto conmigo.

-Necesitamos descubrir al seductor. ¿Fue usted? -pregunta ahora, de un modo directo.

Me quedo callada, sorprendida. Es que ellos no saben que es imposible que haya sido yo. Sería tan fácil para mí demostrar mi inocencia.

-La niña lo ha acusado a usted -me confirma la sospecha el abad.

Casi me levanto el hábito, ofuscada, pero logro contenerme. No. No puedo revelar mi secreto. Se lo prometí a mi padre. Además, no podría continuar en el convento. No sé qué haría en un caso así. No tengo a quién recurrir. De cualquier forma, Jesús nos ha dicho "La verdad te hace libre". Tendré que renunciar a todo, y revelar el secreto. Estoy pillada. No tengo escapatoria.

-¿Tiene algo de qué arrepentirse? -insiste el abad, con una sabiduría tan enorme que, creo que él mismo no es capaz de manejarla.

Intento hablar pero no me salen las palabras. ¿Dónde está mi fidelidad? No puedo saberlo. En fracción de segundo se me viene la imagen de la Virgen María enterándose de que tendrá un niño, sin haber tenido relación sexual. Pero, si eso es lo que me está pasando a mí ahora. Esto es como una Anunciación.

-Puedo hacerme cargo de la criatura cuando nazca -es lo único que atino a decir.

-No ha respondido a mi pregunta -me grita el abad, que ya me cree culpable.

Ahora, miro a través de mis lágrimas. Me da tanto miedo, que quiero decir la verdad. Lo intento. Me hincó ante mi superior. El hotelero me desprecia.

-He cometido un pecado -digo, tratando de mantener la serenidad, y pensando en la mentira con que entré al convento-. Rece por mí, que yo haré penitencia.

Lo único que quiero es que me pregunten qué pecado. Sólo así tendría la presencia de ánimo para seguir confesando. Ya sé que tendré que mostrar mi intimidad, pero no lo haré ante ojos extraños. Pediré que el hotelero salga de la sala.

El visitante pone cara de cantar victoria.

-¿Podemos hablar a solas? -pido al abad.

-No. Es mejor que confiese, ya.

Estoy entregada, como un Jesús ante un Pilato y un Caifás. Recuerdo su oración en el huerto, antes de ser apresado. Yo tampoco me tomaría este cáliz, pero ... que se haga la voluntad de Dios... Prefiero guardar silencio.

-No podrás seguir viviendo en este monasterio que has deshonrado -fue la rápida sentencia.